

El tema del negro en el cuento puertorriqueño

Yo soy indio y africano:
borincano
donde razas muy ardientes confluyeron:
soy la vida, soy la llama.
Mis abuelos no me dieron
ni perfiles ni colores
seductores,
pero escucha: las cadenas
que a mis razas humillaron,
en las venas
rabia y fuego le dejaron.

Luis Felipe Dessús

Ya para 1531 el negro aparece como raza fundamental de la comunidad puertorriqueña y se constituye desde entonces en elemento étnico capital de la estructura cultural boricua. No hay aspecto de la vida del puertorriqueño que no esté afectado por el elemento afronegroide: la música, los instrumentos —el bongó, la timba, por ejemplo—, la religión —la Fiesta de Santiago, el baquiné, la santería, el santiguo, la brujería—, las supersticiones, el idioma, el arte yerbatero y curandero, las artesanías, las diversiones, el arte culinario, el baile —la boma, la plena, la salsa—, el físico, la idiosincrasia. En sí, es imposible alienar la negritud de la puertorriqueñidad.

Sin embargo, si comparamos a Puerto Rico con otros países donde hubo y hay negros, el aporte cultural es limitado, pues muchos de sus descendientes, por desear parecerse a los blancos, no practicaban sus costumbres. Todo parece indicar que el puertorriqueño pretende consciente o inconscientemente eliminar o borrar sus raíces y aparecer como blanco. Además muchos puertorriqueños temen que sus compatriotas vean en ellos rasgos raciales que la gente asocia mentalmente con los negros. Por eso muchos con rasgos somáticos de blanco, pero con una patente ascendencia racial negra, se consideran como que tienen «raja» escondida y con frecuencia son objeto de burla. Por eso el típico refrán puertorriqueño de raíz negroide apunta que «El que no tiene dinga, tiene mandinga». Es decir, que prácticamente ningún boricua puede escapar del legado africano y que, por lo tanto, tenemos, el que más y el que menos, «una gota de sangre negra» que corre por nuestras venas.

Por otro lado el elemento negro —a quien desde los tiempos de la esclavitud se le ha asignado concepciones negativas y estereotipos prejuiciados— ha sido objeto de una reivindicación y revalidación en el quehacer literario isleño de los últimos años. José Luis González en su ensayo de interpretación histórico-cultural del pueblo borincano titulado *El país de cuatro pisos* refiriéndose a la aportación del negro en nuestra cultura, apunta: «Ya es un lugar común decir que esa cultura tiene tres raíces históricas: la taína, la africana, y la española. Lo que no es lugar común, sino todo lo contrario, es afirmar que, de estas tres raíces, la más importante, por razones económicas y sociales,

y en consecuencia culturales, es la africana». ¹ Y luego señala, «que los primeros puertorriqueños fueron en realidad los puertorriqueños negros» ² Para González, el jíbaro prácticamente ha dejado de existir como factor demográfico, económico y cultural de importancia, en tanto que el puertorriqueño mestizo y proletario es cada vez más el verdadero representante de la identidad popular puertorriqueña. ³

Los escritores isleños, atentos a la situación del puertorriqueño de color, abordan el tema en prácticamente todos los géneros. En la poesía de las letras insulares el tema se ha cultivado extensamente. Este es el género más prolífero —también así en la poesía universal— y con el cual corrientemente se asocia más o se identifica el tópico. Esto lo prueba la gran cantidad de estudios y antologías sobre la poesía negroide. ⁴ Todo parece indicar que la negritud encuentra su medio de expresión más adecuado en la poesía. En nuestro medio basta con mencionar los nombres de Luis Palés Matos y Fortunato Vizcarrondo. De las obras de Palés Matos —una de las figuras principales de la poesía negroide hispánica junto con los cubanos Nicolás Guillén y Emilio Ballagas— merece especial mención *Tuntún de pasa y grifería* (1937), obra que le consagra con méritos de resonancias extrainsulares y que contiene dos de sus mejores poemas: «Danza negra» y «Majestad negra». Es indiscutible la gran influencia que ha tenido este poeta en el desarrollo genérico del tema, pues su obra fijó conciencia en los negros como parte esencial de nuestra insularidad y de sus potencialidades creadoras. José Emilio González afirma que «ningún poeta puertorriqueño ha podido, como Luis Palés Matos, explorar y expresar en forma tan superiormente estética el mundo de los negros». ⁵ A la figura de Palés Matos sigue el mulato Fortunato Vizcarrondo, quien publicó en 1942 su poemario versonegrista *Dinga y Mandinga*. Este volumen contiene el poema negrista más popular de Puerto Rico: «¿Y tu agüela, aónde ejtá?» ⁶, que presenta el caso del individuo que se empeña en ocultar sus orígenes raciales negros. ⁷

¹ José Luis González, *El país de cuatro pisos y otros ensayos* (Río Piedras: Ediciones Huracán, 1980), p. 19.

² *Ibid.*, p. 20.

³ *La obra de Isabelo Zenón Cruz*, Narciso descubre su trasero (Humacao, P.R.: Editorial Furidi, 1975), es lectura obligada para cualquier interesado en el tema del negro en la cultura puertorriqueña, pues ningún otro escritor lo ha estudiado con mayor minuciosidad.

Otros estudios que merecen mención especial son: Tomás Blanco, *El prejuicio racial en Puerto Rico* (San Juan, P.R.: Biblioteca de Autores Puertorriqueños, 1942); José Colombán Rosario y Justina Carrión, *El negro* (San Juan, P.R.: Negociado de Materiales, Imprenta y Transportes, 1940); Luis M. Soler, *Historia de la esclavitud negra en Puerto Rico* (Río Piedras, P.R.: Editorial Universitaria U.P.R., 1953); Loida Figueroa, *Breve historia de Puerto Rico* (Río Piedras: Editorial Edil, Inc., 1968), volumen I, pp. 261-290; Eduardo Seda Bonilla, *Réquiem por una cultura* (Río Piedras: Editorial Edil, Inc., 1970), pp. 39-76; y Manuel Álvarez Nazario, *El elemento afronegroide en el español de Puerto Rico* (San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1974).

⁴ *La poesía afroantillana ha sido frecuentemente antologizada desde su primer momento de auge* (1927-37). *Las muestras preparadas por Emilio Ballagas* (1935, 1946), Ramón Guirao (1937), Jorge Luis Morales (1976), José Luis González y Mónica Mansour (1976) y *Aurora de Albornoz y Julio Rodríguez Luis* (1980), revelan el interés de la crítica por esta poesía.

⁵ José Emilio González, *La poesía contemporánea de Puerto Rico (1930-1960)* (San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1972), p. 454.

⁶ Este poema ha sido recitado en innumerables ocasiones por el declamador Juan Boria, el «Faraón del Verso Negro» según lo anunció Luis Palés Matos. Además los músicos puertorriqueños Domingo Colón y Frank Asencio le pusieron música, y Ruth Fernández lo ha interpretado con regularidad. Este poema corrió la

Se inicia la dramaturgia del tema del negro en la isla con la comedia de Ramón C.F. Caballero titulada *La juega de gallos o El negro bozal* (1852), la cual presenta sendas estampas nativistas de lo jíbaro y de lo negroide con diálogos salpicados del pintoresco lenguaje afrohispano de mediados del siglo XIX. En 1867 Alejandro Tapia y Rivera escribe *La cuarterona*, obra que expone el tema del prejuicio racial que imposibilita la realización del amor. En 1883 Rafael E. Escalona publica sus dos piezas bufo-cómico-catedráticas tituladas *Flor de una noche* y *Amor a la pompadour*. La primera ofrece la peculiaridad de que todos sus personajes son negros, única obra puertorriqueña en que hemos encontrado tal situación. En ambas, además aparece el «negro catedrático», tipo del negro sabihondo y decidor a quien se llamó irónicamente así en las Antillas. En ese mismo año Eleuterio Derkes publica su comedia de costumbres titulada *Tío Fele*, donde la intención del autor no es otra que resaltar la bondad y fidelidad del negro. De acuerdo a Socorro Girón,⁸ ésta es la primera vez que aparece en la literatura puertorriqueña la figura de la abuela negra —Ma Juana en este caso— escondida en la cocina por los hijos que se avergüenzan de su sangre negra y creen que escondiéndola podrán disfrazar su «raja». Un año después, 1884, Ramón Méndez Quiñones aborda en *¡Pobre Sinda!* las amarguras del esclavo negro de antaño en nuestro medio insular, faceta ya antes manejada por Caballero pero sin tratamiento profundo. No es, entonces, hasta la segunda mitad del siglo actual, después de setenta y un años, que vuelve a tratarse el tema cuando aparecen las obras de Francisco Arriví tituladas *Medusas en la bahía* (1955), *Vejigantes* (1957) y *Sirena* (1958), trilogía que cala profundo en el problema del prejuicio racial en Puerto Rico. De las tres sobresale *Vejigantes*, indiscutiblemente obra clásica del teatro boricano, la cual presenta el conflicto originado en el ser de la abuela negra para proyectarse luego en la hija mulata y en la nieta cuarterona en términos de la negación de lo racial africano por razones de carácter social. Arriví toca el tema de la abuela escondida como ya lo habían hecho Derkes en *Tío Fele*, Matías González García en sus cuentos y Vizcarrondo en su poesía. Dicho tema, que aparece en los géneros de poesía, cuento y teatro, proyecta su más notable impacto en este último por lo que posee de espectáculo. A partir de aquí hay otro grupo de escritores que incluyen levemente el tema en sus piezas teatrales: René Marqués —*Los soles truncos* (1958) y *Mariana o El Alba* (1965)—, Manuel Méndez Ballester —*Encrucijada* (1958) y *Bienvenido don Goyito* (1965)— y Emilio S. Belaval —*La hacienda de los cuatro vientos* (1959). Es palpable, pues, que la dramaturgia boricua carece —en relación con la magnitud del conflicto— de obras vigorosas que planteen abiertamente el problema del prejuicio racial en la Isla.⁹

misma suerte que «El negro bembón» (Motivos de son, 1930), de Nicolás Guillén, que ha sido cantado tradicionalmente tanto en Cuba como en Puerto Rico.

⁷ Además de los poetas ya mencionados han cultivado el tema Salvador Brau, José Antonio Daubón, José Gautier Benítez, Luis Lloréns Torres, Clara Lair, Julia de Burgos, Virgilio Dávila y Luis Felipe Dessús, entre otros.

⁸ Socorro Girón, «El tema del negro en la literatura puertorriqueña» (Inédito), p. 23. Este trabajo obtuvo el primer premio en el certamen de ensayo auspiciado por la Casa del Autor Puertorriqueño el 10 de julio de 1982. Agradezco a la Dra. Girón el haberme proporcionado gentilmente copia de su trabajo aún inédito.

⁹ En el poco cine que se ha hecho en Puerto Rico existe una película de corta duración, que hizo el autor negro Luis Maisonet para Educación de la Comunidad, titulada «El resplandor», la cual se basa en la rebelión y abolición de los esclavos.